

Rosa
Montero

NO SÓTTRAS

A stylized illustration of a woman with dark, wavy hair and green eyes, wearing a green turtleneck sweater. Her mouth is replaced by a large, vibrant flame that extends upwards and to the left, partially overlapping the title text. The background is a solid, bright red.

Ilustrado por
María Herreros

Historias
de mujeres
y algo más

ALEAGUARA


Rosa Montero

NO SOTRAS

Historias de mujeres
y algo más

Ilustraciones de María Herreros

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A las magníficas y heroicas guerreras kurdas de Rojava,
que son la primera línea de contención del horror del
ISIS y que están muriendo día tras día por defender los
derechos humanos y la dignidad de todas las mujeres.

ESCUPIENDO

FUEGO

Prólogo a esta edición

Cuando saqué mi libro *Historias de mujeres* en el año 1995, las biografías femeninas no llamaban la atención del público. A casi nadie se le ocurría escribir por aquel entonces sobre las muchas mujeres que, pese a haber tenido unas vidas extraordinarias, habían sido borradas de los anales por el machismo de los cronistas. Y las pocas pioneras que, como la estupenda Antonina Rodrigo, se empeñaron en rescatar en este país la memoria de las olvidadas, lo tuvieron que hacer contra viento y marea y publicando por lo general en editoriales pequeñas. Ahora, en cambio, el tema se ha puesto de moda y hay decenas de volúmenes de todo tipo, ilustrados y sin ilustrar, con fotografías o en versión cómic, para adultos o para niños, en donde se intenta recuperar esa parte de nuestro pasado que fue secuestrada por el prejuicio. Es una abundancia editorial de la que debemos regocijarnos, porque no creo que haya un indicativo mejor del cambio que ha experimentado en estos últimos veinticuatro años la mal llamada «causa de la mujer». Y digo mal llamada porque ya va siendo hora de que dejemos de creer que la deconstrucción del sexismo es cosa de chicas, cuando en realidad se trata de una causa común que nos implica a todos. Como es obvio, el cambio del rol de la mujer supone un cambio equivalente del rol del hombre, de manera que estamos hablando de un nuevo tipo de sociedad, de una nueva forma de vivir que nos afecta y nos debería interesar tanto a unas como a otros.

Sin duda esta labor de recuperación casi arqueológica de las olvidadas es importantísima, porque necesitamos modelos reales, necesitamos saber que la vida no fue ni es como nos la han contado. «Hay una historia que no está en la

historia y que sólo se puede rescatar aguzando el oído y escuchando el susurro de las mujeres», digo en el prólogo original de *Historias de mujeres*, incluido en este volumen. De manera que ya en 1995 yo era consciente de que nos habían escamoteado una buena parte de la realidad. Pero me quedé muy corta en mis apreciaciones; no fui capaz de calcular el volumen de la tergiversación y del ocultamiento que hemos sufrido. La porción invisible del iceberg de mujeres silenciadas empieza a emerger ahora, y tiene unas dimensiones colosales. Y entre ellas hay de todo, heroínas y tiranas, revolucionarias y retrógradas, salvadoras de mundos y asesinas crueles. Lo cual es formidable y liberador. El feminismo, o al menos la parte mayoritaria del feminismo, no reclama santas sino personas que puedan vivir todas las posibilidades del ser, más allá de la tiranía de los estereotipos. Ya saben, como en el viejo chiste: las chicas buenas van al cielo y las malas van a todas partes. Siempre he dicho que habremos alcanzado la verdadera igualdad social cuando podamos ser tan necias, ineficaces y malvadas como lo son algunos hombres sin que se nos señale especialmente por eso.

El hecho es que ha habido mujeres en todas las épocas haciendo cosas memorables: dirigiendo imperios, creando tablas de cálculo, descubriendo los secretos del universo, escribiendo la primera literatura de autor que jamás se ha escrito, capitaneando ejércitos. Contamos con científicas, filósofas, músicas, guerreras, pintoras, escultoras, políticas, escritoras, exploradoras... No hay un solo campo social, artístico o del conocimiento en el que no hayamos destacado. «Son tantas, tantísimas, que, al sacarlas a la luz, la historia tal como la conocemos se descompone», dice Ana López-Navajas. Y ella debe de saberlo mejor que nadie, porque Ana es una brillante investigadora de la Universidad de Valencia que publicó en 2014 un estudio en el que demostraba la ausencia de referentes femeninos en los contenidos de la ESO (Educación Secundaria Obligatoria): los libros de texto españoles tan sólo citan a un 7,6 % de mujeres. Es decir, aprendemos una cultura y una ciencia sólo de hom-

bres, una versión de la realidad sesgadamente viril. Por eso, Ana López-Navajas lleva ocho años preparando una base de datos para incluir mujeres en los contenidos de la ESO, una labor monumental y épica que puede cambiar, en efecto, nuestra noción del mundo.

Pero tenemos que hacer algo más que cambiar la visión del pasado: es esencial que también cambiemos la visión del presente. La manera en que nos miramos a nosotras mismas. El sexismo es una ideología en la que se nos educa a todos y lo tenemos hincado en lo más profundo de nuestro cerebelo. Numerosos experimentos demuestran que la sociedad sigue potenciando, priorizando y valorando al hombre muy por encima de la mujer, y nosotras compartimos el mismo desdén discriminatorio sin advertirlo. Es lo que tienen los prejuicios: al ser anteriores al juicio, resultan invisibles. Por ejemplo, se ha comprobado que en la atención médica primaria, ante los mismos síntomas, a las mujeres les prescriben más ansiolíticos y antidepresivos, mientras que a los hombres les hacen más pruebas diagnósticas. Y también sucede con el dolor: a los hombres les proporcionan más analgésicos (toman su sufrimiento por algo real), mientras que a las mujeres les dan sedantes (las consideran unas histéricas). Me espeluzna particularmente un estudio hecho con 1.300 enfermos de cáncer que evidenció que las mujeres tenían un 50 % más de posibilidades de que su dolor fuese inframedicado. Este angustioso maltrato, esta discriminación feroz que puede conducir a la enfermedad y la muerte cuando no se realiza a tiempo una prueba diagnóstica, es ejercida por doctores y doctoras, por enfermeros y enfermeras. Todos le damos más credibilidad a la palabra del hombre. La voz del varón sigue siendo la ley.

Hay un formidable experimento que se llevó a cabo en la Universidad de Yale (Estados Unidos) en 2012. Dos estudiantes de doctorado de Ciencias, Jennifer y John, solicitaron una plaza de encargado de laboratorio. Como se suele hacer en Estados Unidos en estos casos, Yale envió sus currículos para que fueran evaluados por 127 catedráticos de

Biología, Física y Química pertenecientes a las seis universidades más importantes del país, tres públicas y tres privadas. En una escala del 1 al 10, John sacó un punto más que Jennifer. Además, se les pedía a los profesores que dijeran qué salario creían ellos que los solicitantes merecían, y ofrecieron 30.328 dólares anuales a John y 26.508 a Jennifer. Hasta aquí, todo más o menos normal. El estupor comienza cuando nos enteramos de que Jennifer y John no existen y que los currículos eran absolutamente idénticos, salvo que a la mitad de los catedráticos se les dijo que el solicitante se llamaba Jennifer y a la otra mitad que se llamaba John. Y, naturalmente, entre los evaluadores también había catedráticas.

Tenemos que esforzarnos en extirpar de nuestras cabezas ese parásito del pensamiento que es el prejuicio. Yo no pido que haya más mujeres en los diversos premios, en los centros de mando, en las cátedras o la dirección de las empresas porque seamos todavía pocas, vengamos de una discriminación de siglos y, pobrecitas de nosotras, necesitemos algo de ayuda. No, de ninguna manera. Lo que yo pido es que haya más mujeres en todos los ámbitos porque somos tan buenas como los hombres. Es decir, reclamo que se nos evalúe con objetividad y con justicia. Y lo terrible es que eso hasta ahora no ha ocurrido: ni la sociedad ni nosotras mismas nos valoramos igual.

Por eso suceden las cosas que suceden sin que haya respuesta. Cada año les rebanan el clítoris a tres millones de menores; millones de mujeres carecen de los derechos más elementales, tienen que ir veladas, no pueden salir de casa sin la compañía de un varón y son privadas de la educación más básica (y a las que intentan escapar de esa brutalidad, les pegan un tiro en la cabeza, como a Malala); innumerables niñas y adultas son maltratadas o asesinadas, sufren violaciones, apaleamientos, ataques con ácido, torturas, degüellos y secuestros, o bien son rociadas con queroseno y quemadas vivas en los infames *crímenes de honor* por no querer casarse con el pretendiente elegido por la familia, y a menudo es la madre quien prende la pira. Quiero decir

que hay un genocidio en marcha en el mundo contra las mujeres y la comunidad internacional jamás ha hecho nada para parar esa atrocidad. Se impusieron sanciones económicas contra el *apartheid* en Sudáfrica, pero contra el *apartheid* de tantos millones de mujeres, contra su martirio y su esclavitud, ¿qué se ha hecho, qué se hace? Antes al contrario, la mujer siempre es una moneda de cambio; si hay que hacer un acuerdo momentáneo con los talibanes, la comunidad internacional no vuelve a tocar el tema de la situación de las mujeres en la zona. Es la vergonzosa diplomacia del silencio. Y nosotras, las demás, todas nosotras, ¿cómo lo permitimos? ¿Cómo no exigimos que esto cambie?

Este texto me está saliendo huracanado. Ardiente, incluso si se quiere algo estridente. Verán, es curiosa la vida que está teniendo este libro. En el momento de su publicación, 1995, con el título de *Historias de mujeres*, salió con un prólogo y un epílogo, incluidos ambos en este volumen. El libro se leyó mucho, y eso propició que en 2007 se sacara una nueva edición, algo ampliada y con un posfacio final en el que daba cuenta de cómo la causa antisexista había avanzado en los doce años transcurridos. Y ahora, once años más tarde, volvemos a sacar una versión remozada para la que estoy escribiendo este nuevo prólogo. Quiero decir que el texto original, en fin, ha ido creciendo a capas y a lo ancho de una manera orgánica, como crecen los troncos de los árboles, y esos añadidos van dejando constancia de los vaivenes sociales, de la misma manera que los anillos de la madera muestran las circunstancias por las que fue atravesando el bosque a lo largo del el tiempo: los incendios, las plagas, las sequías. Pues bien, se ve que ahora el tema del sexismo está que hierve: por eso me está saliendo aliento de dragón. Por añadidura, además de echar chispas en el prólogo, ahora he completado el libro con noventa pequeños retratos de mujeres, una ojeada rápida desde la antigüedad hasta nuestros días que nos permite atisbar la compleja y variada riqueza de la aportación femenina a la vida común.

Me parece que estamos en un momento importante de la causa antisexista. Que estamos atravesando una frontera y que en el último año se ha avanzado un buen trecho. Por ejemplo, el 8 de marzo de 2018, Día Internacional de la Mujer, marcó un hito en la movilización mundial. Creo que nunca antes hubo tantas manifestaciones y tan grandes en tantos países. La de Madrid constituyó desde luego un récord histórico, con 170.000 participantes, según datos oficiales, la gran mayoría menores de veinticinco años y un buen número de ellos, varones. Por no hablar del éxito de la huelga de mujeres en España, un ejemplo mundial. Todo indica que la concienciación aumenta, quizá porque vemos que los avances duramente conseguidos están en peligro, y no sólo en lo referente al antisexismo, sino en todos los valores democráticos. Y quizá también sea una cuestión de saturación, de hartazgo, como la gota de agua que al fin desborda el vaso. Eso es lo que parece haber ocurrido en el caso del productor de Hollywood Harvey Weinstein y en el precipitado de denuncias de acoso sexual que se han sucedido por doquier a partir de ahí, como una hilera de fichas de dominó que se derrumban. Se diría que las mujeres están empezando a hartarse de aguantar.

Aunque me parece que el quid de la cuestión no está en la capacidad de aguante, sino en abrir los ojos y comprender por fin que no hay por qué supeditarse a unos principios aberrantes y caducos. Verán, desde los diez años hasta los diecisiete estudié en el instituto Beatriz Galindo de Madrid, del que me separaban siete estaciones de metro con un transbordo. Como almorzaba en casa, tenía que hacer ese viaje cuatro veces al día. Y siempre iba sola, porque en mi clase social y en aquella época —eran los sesenta— los niños no estábamos tan hiperprotegidos como ahora. Pues bien, es probable que no me librara ni un solo día de que me tocaran el culo o se restregaran contra mí al menos una vez entre los cuatro trayectos. Sobre todo en los primeros años, cuando era más pequeña y más indefensa. Recuerdo que una vez —debíamos tener unos once años— una amiga protestó, y el pedófilo le pegó una bofetada. Nadie en

el atiborrado vagón nos ayudó. Quiero decir que, por entonces, tu aprendizaje de la vida incluía tácticas de defensa y huida ante los depredadores. Calculabas de una ojeada cuáles eran los hombres más peligrosos e intentabas escurrirte hacia el otro extremo del vagón o salir de un salto, aunque no fuera tu parada. Ahora me he enterado de que algunas chicas llevaban alfileres para clavárselos a los acosadores: a mí, por desgracia, no se me ocurrió esa artimaña. Eso sí, desarrollé la habilidad de hacer sonar los oídos por dentro para intentar no escuchar las burradas que te decían que te harían todos esos hombres turbios que se abalanzaban sobre ti cuando ibas por la calle; y era especialista en cambiarme de fila en los cines de sesión continua cada vez que alguien me metía pierna y mano en la oscuridad. Todo esto formó parte del paisaje de mi infancia desde los diez años; las niñas éramos como gacelas asustadas que intentan escapar de los leones, resignadas ante una realidad aterradora y humillante, pero por desgracia *normal*. El mundo, nos decían y nos decíamos, es así. Pero no. Resulta que el mundo no es así. Y resulta también que depende en buena medida de nosotras que lo cambiemos. Así es que, hermanas, abramos nuestras fauces de dragonas y escupamos fuego.

Madrid, marzo de 2018

HISTORIAS